

HERALDO DE MURCIA

AÑO III

DIARIO INDEPENDIENTE

NÚM. 548

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
En la península UNA PESETA al mes.—Extranjero, tres me-
ses 7'50 PESETAS.
Comunicados á precios convencionales
Redacción y talleres: S. Lorenzo, 18.

VIERNES 5 DE ENERO DE 1900

PRECIOS DE LOS ANUNCIOS
En cuarta plana. 00'05 pesetas línea
En segunda y tercera. 00'10 id. id.
En primera. 00'20 id. id.
Administración: Saavedra Fajardo, 15

ATENTADO CONTRA LA PROPIEDAD

Inaudito atropello

Suscriptores de los pueblos de la vega del Segura, se nos quejan de no recibir desde hace algunos días los números de nuestro periódico, que puntualmente les remitimos.

A la vez que esas quejas de nuestros suscriptores, llegan á nosotros rumores de un hecho gravísimo, verdaderamente inaudito y escandaloso, que por serlo tanto no pasaríamos á creer, de no coincidir con aquellas quejas.

Según los referidos rumores, al partir en días pasados para Madrid el ministro de Fomento Sr. Marqués de Pidal acompañado entre otros del diputado á Cortes D. Juan de la Cierva, se dieron órdenes á los peatones para que los paquetes del HERALDO fueran extraviados ó quemados, con el objeto de que los números de nuestro periódico no llegaran á poder de nuestros suscriptores.

Inconcebible nos parece que se apele á medios tan ruines y villanos para combatirnos y creíamos hacer justicia á nuestros adversarios no creyéndoles capaces de aquellos.

Bueno que los que han fundado una empresa industrial, con estos ó aquellos fines, procuren el mayor acrecentamiento de aquella: pero siempre por medios lícitos, por procedimientos nobles y dignos.

Solo en este terreno puede haber la lucha: pero valerse de la influencia oficial de que se dispone, de los medios de violencia que el disfrute del poder pone en sus manos, para combatirnos por procedimientos como el que se nos denuncia, de esto no seríamos capaces nosotros ni hasta ahora habiéramos creído capaces á nuestros mayores enemigos.

Modestos nosotros, sin empresas adineradas á nuestro lado, sin otro favor que el que el público nos dispensa ni otro apoyo que el de la opinión, luchamos noble y honradamente en el palenque periodístico, y exponemos nuestras opiniones, sin descender jamás al terreno personal porque esto no entra en nuestros procedimientos ni en nuestras convicciones, sin inferir agravios á personalidad alguna, sin sacar á relucir historias retrospectivas, porque abominamos el escándalo, á pesar de saber que aquellos á quienes dichas historias pudieran afectar, no escatiman medio para perjudicarnos en nuestros intereses, en toda ocasión y en todo momento.

Frete á nosotros especialmente, frente á otros periódicos locales que luchan noblemente con sus propias fuerzas y con el apoyo de sus suscriptores y con legítimos prestigios adquiridos en campañas benéficas para Murcia, se alza un sindicato de gente rica, que adquiere la propiedad de otro periódico en lamentable decadencia y que se propone como hace pocos días decía con razón nuestro estimado colega «El Diario»—ejercer un verdadero monopolio de la prensa, tendiendo á la destrucción de otros órganos que en esta capital tiene la opinión y que como nosotros cuentan con las simpatías de esta, aunque no cuentan, ni deseen, ni necesitan para nada el dinero de sindicato alguno.

Y aun para aspirar á ese monopolio, dentro de lo absorbente del propósito, había medios que no podían ser recusados por ilícitos, y consistían en rodear de tales prestigios en la cantidad y la calidad de la lectura, el periódico explotado, que este llegara ser el preferido por la opinión.

Pero á esos medios de propaganda directa de la publicación, se ha preferido el de molestar y perjudicar á los modestos, que á pesar de serlo es sabido—y ahí duele—que son los preferidos por la opinión, los que en mayor grado cuentan con el aprecio de esta, porque en

nuestras campañas hemos tenido el acierto de identificarnos con ella, prefiriendo lo que ella prefiere, defendiendo las causas que le son simpáticas, poniéndonos en una palabra á su servicio, único compatible con la independencia y el valor de sus convicciones que deben brillar en el escritor público.

Pero he ahí que, al realizar en servicio de ese interés público nuestras campañas, hemos desagradado á los encoquetados señores, á los poderosos caciques de la política, imperante por desdicha de nuestro país: se ha temido que al impulso de nuestra pluma humildísima, inspirada en los sagrados estímulos de la verdad y de la justicia, vinieran al suelo prestigios mal adquiridos, cayeran del pedestal ídolos de barro, se averiguara el origen tenebroso de ciertas propiedades que hoy disfrutan ministros de la Corona y representantes del país en Cortes.

Para destruir estas campañas, como cualesquiera otra á que nos impulsa, el cumplimiento de lo que nosotros tenemos por deberes periodísticos imprescindibles, esos señores tienen á su disposición un periódico, en el que demostrar la inexactitud de nuestras afirmaciones, confundirnos con la fuerza irrefutable de la lógica y hacer brillar con brillo insuperable esos prestigios que por impulsos de correligion política y de personal gratitud ellos tienen el deber indeclinable de defender.

Esta era su misión y ese el terreno en que dignamente podrían responder á los ataques que pudieran brotar de nuestra pluma, y que miente quien diga que obedecer pueden á enemistades que no sentimos ni á móviles ruines que otros conocen y de que somos incapaces.

Pero por lo visto, y si son ciertos esos rumores que coinciden con quejas numerosas de nuestros suscriptores, precisamente de pueblos de la vega del Segura, se trata de apelar á otros procedimientos que no son los lícitos y los nobles, en esa campaña de destrucción que parece emprendida contra nosotros y que tiene su principal fundamento en el enojo que en algunos produce el eco que nuestra voz humilde encuentra en la opinión y las simpatías con que viene favoreciendo nuestro periódico.

Y por si esto es, como las apariencias se empeñan en demostrarlo, debemos advertir á los que tienen el mal gusto de apelar á tales medios, que sabremos defendernos; que tenemos tomadas para ello todas las medidas: que nuestros suscriptores están dispuestos á patentizar cualquier hecho arbitrario de que sean objeto los números de nuestro periódico; y que cualquier atropello que contra nosotros se realice, tendrá resonancia nacional en el Parlamento y oportuna sanción ante los tribunales de justicia.

Si es cierto que se ha excitado al incendio ó al extravío de los números de nuestro periódico, se ha excitado con ello al robo, al despojo bárbaro de la propiedad, al atropello indigno de todo aquello que tiene garantía sólida y eficaz en todos los países civilizados.

Si alguien se empeña en demostrar que no es este uno de esos países, si se quiere hacer de nuestra provincia una sucursal del Riff, en ese caso nos veremos en la precisión de demostrar que no nos rendimos ante violencia alguna ni nos intimidan las arrogancias con que á veces suele encubrirse el temor de un cercano fin de su dominación y su influencia.

LOS TONTOS

Son tantos y de tantas clases y especies que se hace imposible su enumeración y difícilísimo su estudio. Desde el idiota de cara salvaje y brutal hasta el pavi-tonto, pasando por el pe-

timetre, el niño gótico, el creído, el vanidoso y sus «múltiples y divisores», existe una serie de infelices faltos en todo ó en parte de luz natural, que es seguro que hay un noventa por ciento de tontos en el mundo, y es fácil que me haya quedado corto.

Vaya un bosquejo. D.... (aquí el nombre, afeminado desde luego; por ejemplo, Pepito, Julianito, etc. etc.) Alto, delgado, piernas que semejan dos alambres, cara pequeña y alargada, cabeza amelonada, peinado de carrera, lleno de cosmético y esencias, manos enguantadas, ojos chiquitines y vivos, andares desgarrados, pantalón estrecho, americana corta de puntas, corbata de tela rara, cuello brillante, blanco ó de color de forma excéntrica, pechera reluciente y sombrero de media chistera color café.

Allá vá con aire de conquista, creyéndose nuevo Narciso; y como la sociedad se compone en su mayoría de tontos como anteriormente he dicho, pasa el tal petimetre por rey de la moda en los salones de la elegancia donde se lo disputan y no se enrojecen las tímidas y conspicuas damiselas al escuchar las indecencias dichas en son de gracia y las sandeces del tipo elegante, según ellas, del tipo de los tipos, según yo y los que tenemos sentido común y gusto estético.

Otro ejemplar. Don Fulano de tal y tal, excelentísimo señor: condecorado con tales y tales cruces, caballero de tales órdenes, y socio de tales academias, doctor en todos los doctorados, etc., etc.

Es un señor grueso, de rostro aplopéptico, gran barriga, piernas cortas y cabeza grande en armonía con el cuerpo; cara ancha, labios gruesos, lleva siempre en ellos un vengero y escupe grandes salivazos á cada momento.

Este señor es un eminente literato y un sabio, todo el mundo lo reconoce así. ¿Sus obras? no tiene ninguna. Dos ó tres artículos kilométricos sobre ciencia infusa, incomprensibles y latosos para todo el mundo, pero, y vá de tres, como el mundo se compone en su mayoría de tontos, se le admira y se le respeta como á un gran literato y hombre de ciencia modestísimo, que prefiere vivir ignorado á escuchar los halagos de la bacante popularidad.

Esto no quita para que esté condecorado por academias y centros literarios, porque en su mayoría están constituidos por tontos.

Y vamos con otro. Este es tonto completo, es el idiota que no falta en ningún pueblo ni ciudad. Tonto popular con una popularidad que envidiarían (no por la ciencia, por los efectos) más de cuatro, tontos, aunque no tan tontos como el pobre idiota.

Este es el hazme reír de la gente por que la gente es tonta y se divierte escuchando las sandeces del idiota en torno del cual se arremolina.

El infeliz es pobre y su familia hace de él objeto de especulación. ¡Oh, sociedad infame, tanta mas que mala! que te diviertes escuchando los aullidos del memo popular, vestido de andrajos, sucio y asqueroso. ¿Qué se puede esperar de ti, que buscas distracciones en los imbéciles?

¿Cuándo se regenerará esta sociedad de tontos? Tarde: cuando tenga sentido común y luz natural, cuando los tontos sean considerados como tales, cuando no sean los idiotas la diversión de una sociedad de tontos.

JOSÉ MARTÍNEZ ALBACETE.

Crónica parisiense

Los dos siglos.—La Exposición de 1900.—Paseos por el Sena.—Vista panorámica.—Modas.

Ya nos separan muy pocos días del siglo XX.

Unos dicen que aun nos falta un año del siglo XIX, otros aseguran que no; pero sease lo que fuere, unos cuantos días ó unos cuantos meses nada significan comparados con la eternidad y muy en breve saldremos del siglo del vapor y de la electricidad para entrar en el siglo de... Dios sabe qué.

En muy pequeña parte nosotros hemos participado á la acción de los sucesos en la última cuarta parte del siglo; hemos compartido los ensueños y las realidades de los más importantes miembros de la humanidad; hemos tratado de penetrar la inteligencia de los grandes pensadores; hemos leído los libros de la idea, del amor, del sufrimiento y de la vida, ¿qué hemos adelantado?

Nada, nada y nada.

El doctor Fausto es un ser real representado en cada individuo de la sociedad humana.

Luchar, sufrir y vivir para morir; los siglos pasan como ráfagas de viento, los hombres pasan también como fugaces llamaradas de vida, las obras de la humanidad son efímeras y uno tras otro los años van desapareciendo y con ellos nuestros ideales, nuestros ensueños y nuestra vida.

¡Pobre humanidad, deleznable y frágil que no puedes triunfar de los embates con que la eternidad te combate!

El hombre y sus obras nada valen, todo pasa para desaparecer perennemente y sobre las ruinas del orgullo y la pretensión del bajo mundo sólo impera un Ser Supremo, una causa eficiente de todo, un Rey de los Reyes, una fuerza vital, un Dios en suma.

La Exposición Universal que se inaugurará muy en breve, será como una ciudad dentro de una villa.

Muchos parisienses ignoran todos los rincones de tan espléndido panorama y con mas razón, nuestros lectores no pueden conocer cuanto se prepara en su honor, si quieren favorecerlos con su visita.

Por eso pensamos hacer una Crónica diaria de la gigantesca y asombrosa Exposición y deseamos que aquellos á quienes no les sea posible venir aquí, sepan todo cuanto en París se hace durante los seis meses que la Exposición estará abierta al público.

Hoy por hoy sólo nos contentamos con saborear el encanto de un paseo en vapor á lo largo del Sena, desde el Pont-Neuf hasta la isla de los Cisnes, donde la Libertad de Bartholdi se alza majestuosa iluminando al mundo; la misma Libertad, pero en miniatura, que abre la rada de New-York.

El viejo Louvre, dormido sobre sus laureles de gloria, queda tras nosotros y llegamos á la nueva estación de Orleans, cuyas arcadas de hierro dibujan su silueta entre la bruma cenicienta de un cielo de invierno.

A partir del puente de la Concordia, no tenemos bastantes ojos para ver.

El Sena será durante la próxima Exposición la calle flotante, digamos así, la vía triunfal de actividad y de alegría.

En 1889, las fachadas posteriores reflejábanse en las verdosas aguas del río; pero durante la próxima exposición el Sena servía de maravilloso espejo á los pórticos esculpidos, las cúpulas doradas, las columnatas floridas, las ogivas elegantes y las escaleras verdaderamente reales.

La Exposición de 1900, como espacio será seis veces mayor que la de 1889; ocupará 108 hectáreas de terreno, sin contar el anejo de Vincennes, reservado á los sports y á los medios de transporte.

Ninguna de las anteriores exposiciones tuvo lo que tendrá la próxima: una entrada monumental, situada en pleno París, en la plaza de la Concordia.

Los dos elegantes minaretos se alzan ya entre el cielo nebuloso y tras ellos la gran cúpula por donde han de desfilar millones de extranjeros admirados de tanta y tanta maravilla.

El antiguo Palacio de la Industria ha cedido su puesto á dos magníficos edificios que han sido construidos para sobrevivir á la Exposición.

Uno de ellos, el más pequeño, el más próximo á la Concordia, está destinado al arte francés retrospectivo y una vez terminada la Exposición quedará como propiedad del Ayuntamiento á cambio de los 20 millones de francos que ha dado para el fondo de la Exposición Universal.

El Gran Palacio debe suplir al desaparecido Palacio de la Industria para servir de todo: salones de pintura, concurso hípico, exposición de automóviles, de agricultura y otras más que se celebran anualmente en París.

Entre ambos palacios extiéndese una hermosa Avenida de 90 metros de ancho. Empieza en los Campos Eliseos y acaba en los Inválidos cuya dorada cúpula brilla entre las neblinas del horizonte.

En la orilla izquierda del Sena levántanse á medias construidos todos los palacios de las potencias extranjeras, reproduciendo la mayor parte de ellos los más famosos monumentos de la vieja Europa: Italia con sus sonrientes columnatas, la medioeval Alemania, la hermosa España, la gótica Bélgica y otros muchos pabellones que constituirán severas selecciones entre las producciones artísticas y entre los cuales se reservarán lu-

josas habitaciones para los distintos monarcas.

Tras esta magnífica decoración veremos la rue de Paris, donde se agruparán todos cuantos placeres tiene la moderna Babilonia: conciertos, cafés, bailes y teatros.

Mucho y mucho más podremos admirar el año 1900; pero como tenemos mucho tiempo á nuestra disposición, iremos detallándolo todo en nuestra Crónica Diaria de la Exposición de 1900.

Respecto á las modas, en esta época de agnaldos, todas buscan lo económico y lo elegante.

Claro está que no todas pueden permitirse el lujo de tener una peliza de verdadera cibelina ó una falda de breitchvanz ó encajes antiguos ó joyas de gran precio.

Pero se hacen cosas tan bonitas y tan baratas que no es perdonable parecer cursi, cuando se puede ser elegante. El terciopelo, por ejemplo, lo hay á todos precios. Ahora bien; con una falda de terciopelo, una pelerina ó una chaqueta semejante forrada de seda, resulta una dama muy bien vestida.

Las faldas con pliegues han desaparecido y se hacen muchas túnicas en verdadera polonesa.

ANTONIO AMBROA

Paris 2 Enero 1900



Juana de Arco

En Domremy, aldea de la Lorena, nació, el 6 de Enero de 1412, Juana de Arco, «la doncella de Orleans», aquella varonil é intrépida joven que dió abundantes días de gloria á su patria peleando como el más esforzado y entendido guerrero contra sus enemigos, y que pereció quemada por los ingleses el 30 de Mayo de 1431, después de un año de cautiverio, tiempo empleado por sus contrarios en la formación del proceso que ella siguió para condenarla á morir en la hoguera.

En su niñez y en los primeros tiempos de su juventud, Juana de Arco vivió dedicada á las labores de su sexo y al pastoreo, y desde la edad de trece años mostró gran afición á la vida contemplativa, á las prácticas religiosas y á la soledad.

Por entonces sufrían los franceses las consecuencias de la guerra que sostenían con los británicos, quienes auxiliados por los partidarios del duque de Borgoña lograron apoderarse de París y de gran parte de la Francia septentrional; y lo mismo en las grandes ciudades que en las pequeñas aldeas, no se pensaba en otra cosa que no fuera la lucha que tenía arruinadas las poblaciones y asolados los campos.

De esta obsesión general no se escapó Juana de Arco, que llegó hasta á soñar con santos y ángeles, que la aconsejaban se pusiera al frente del ejército francés, porque era la destinada por Dios para libertar á Francia del yugo británico y para coronar y consagrar á Carlos VII.

El ansia de independencia que en todos los pechos alentaba, fue motivo de que al dar á conocer Juana de Arco sus sueños y sus propósitos de pelear contra los enemigos de su patria fuera bien recibido su pensamiento, primeramente por sus padres y algunos nobles, y después por Carlos VII, quien no obstante la oposición de sus consejeros, hizo entrega del mando de un ejército á la lorenesa pastora.

Esta se encaminó inmediatamente á libertar á Orleans, sitiada por los ingleses y en situación insostenible, y tan corajuda y acertadamente acometió al enemigo, que le derrotó y puso en salvo la plaza sitiada, marchando luego á Reims con el monarca para consagrarlo y ceñir á sus sienes la corona.

Con el triunfo obtenido, Juana de Arco fué declarada ídolo del pueblo; pero esto no impidió que el desagradecido Carlos VII, cediendo á las intrigas de sus consejeros y de sus generales, la abandonara cuando ambos marchaban sobre París, dejándola sólo con una pequeña escolta.

En las cercanías de Compiègne fué sorprendida por los ingleses y hecha prisionera.

HERNANDO DE ACEVEDO.

